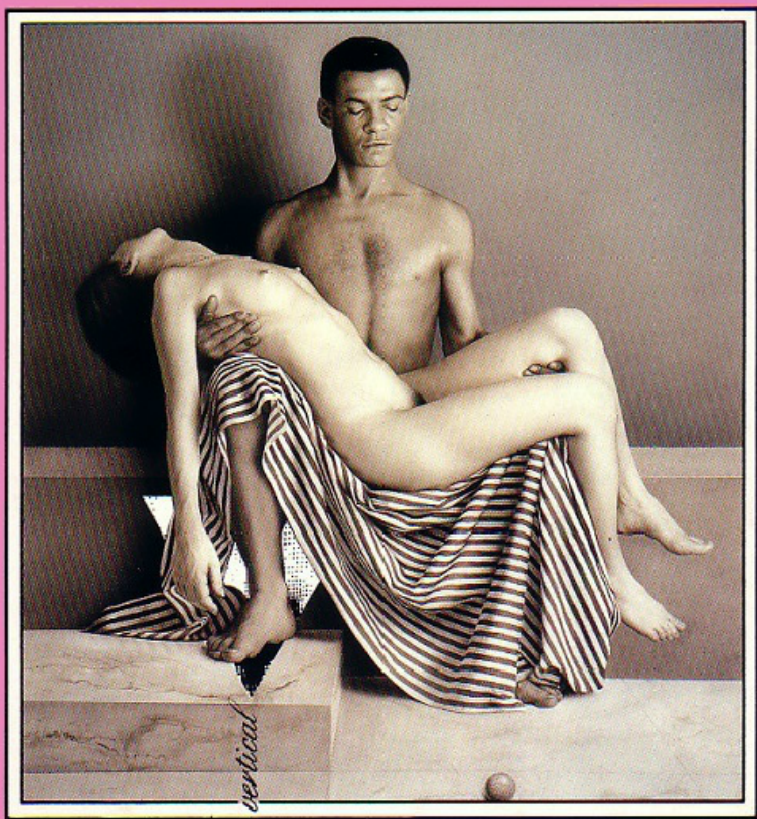


Gabrielle Wittkop
El necrófilo



La sonrisa vertical



Un anticuario, acostumbrado a vivir entre objetos vetustos, cuenta en forma de diario un año de sus sombríos encuentros con Henri, Suzanne, Teresa y otros muchos seres anónimos. Son jóvenes o viejos, fáciles de poseer o rebeldes. Pero todos tienen algo en común: la misma piel cetrina todavía algo tersa, el mismo color de cera, los mismos ojos entornados, los mismos labios mudos, el mismo olor a polilla y el mismo sexo glacial. Porque es a los muertos a quienes ama, a quienes desea. Goza de los encantos en putrefacción de cadáveres robados de sus sepulturas y adorados en la penumbra de una habitación cuyas cortinas permanecen siempre corridas. Pero no es un ser solitario, también se relaciona con otros necrófilos y comparte con ellos sus impresiones acerca de sus gustos y vivencias. Pero el suyo es un placer peligroso, un juego prohibido, maldito. Un día, durante un viaje a Nápoles, todo parece detenerse para él...



Gabrielle Wittkop

El necrófilo

La sonrisa vertical 94

ePub r1.1

Titivillus 06.07.15

Título original: *Le nécrophile*

Gabrielle Wittkop, 1972

Traducción: Joaquín Jordá

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



A la memoria de C. D.,
caído en la muerte
como Narciso en su imagen

12 de octubre de 19..

Las pestañas grises de la chiquilla arrojan una sombra gris sobre sus pómulos. Tiene la sonrisa irónica y astuta de las taimadas. Dos tirabuzones lacios enmarcan su cara, bajan hasta los festones de la camisa arremangada por debajo de las axilas y que descubre un vientre del mismo blanco azulado que se ve en algunas porcelanas de China. El monte de Venus, muy plano, muy liso, reluce ligeramente bajo la luz de la lámpara; diríase que lo recubre una película de sudor.

He separado los muslos para contemplar la vulva fina como una cicatriz, con los labios transparentes de un malva pálido. Pero tendré que esperar aún unas cuantas horas, pues, por ahora, todo el cuerpo está todavía un poco rígido, un poco crispado, hasta que el calor de la habitación lo reblandezca como una cera. Así que esperaré. Esta chiquilla vale la pena. Es realmente una muerta muy hermosa.

13 de octubre de 19..

Anoche, la chiquilla me gastó una broma pesada. Tendría que habérmelo imaginado, con la sonrisa que tiene. Mientras yo me metía en esa carne tan fría, tan suave, tan deliciosamente prieta que sólo se encuentra en los muertos, la niña abrió bruscamente un ojo, traslúcido como el de un pulpo y, con un espantoso borborismo, me arrojó el chorro negro de un misterioso líquido. Abierta en una máscara de Gorgona, su boca no cesaba de vomitar aquel jugo cuyo olor llenaba la habitación. Todo esto ha estropeado un poco mi placer. Estoy acostumbrado a mejores modales, ya que los muertos son limpios. Ya han arrojado sus excrementos al abandonar la vida,

como se suelta un fardo infamante. Su vientre resuena con el sonido vacío y duro de los tambores. Y tienen el olor fino y penetrante del bómbrice. Parece proceder del corazón de la tierra, del imperio donde las larvas almizcladas caminan entre las raíces, donde las láminas de mica despiden su resplandor de plata helada, allí donde mana la sangre de los futuros crisantemos, entre las turbas pulverulentas, los cienos sulfurosos. El olor de los muertos es el del retorno al cosmos, el de la sublime alquimia. Ya que no hay nada tan limpio como un muerto y lo es cada vez más a medida que pasa el tiempo, hasta llegar a la pureza final de esa gran muñeca de marfil con la risa muda, y las piernas perpetuamente abiertas, que está en cada uno de nosotros.

He tenido que pasar más de dos horas limpiando la cama y lavando a la chiquilla. Esta niña vomitadora de tinta pútrida tiene realmente la naturaleza del pulpo. Por ahora, parece haber escupido todos sus venenos, tranquilamente tendida sobre las sábanas. Su sonrisa falsa. Sus manitas con las uñas menudas. Incesantemente una mosca azul —salida de no sé dónde— se posa una y otra vez en sus muslos. Esta chiquilla ha tardado muy poco en disgustarme. No es de esos muertos de los que me apena separarme igual que se deplora abandonar a un amigo. Estoy seguro de que tenía muy mal carácter. De vez en cuando, vuelve a soltar un profundo borborigmo que me inspira desconfianza.

14 de octubre de 19..

Esta noche, cuando me disponía a meter a la chiquilla en una bolsa de plástico para arrojarla al Sena, cerca de Sévres, tal como suelo hacer en semejantes casos, ha lanzado de repente un suspiro desesperado. Doloroso, prolongado, la ese de Sévres silbaba entre sus dientes, como si sintiera una pena intolerable ante su próximo abandono. Una inmensa piedad me ha oprimido el corazón. No había hecho justicia al encanto humilde y arisco de aquella niña. Me he arrojado sobre ella, la he cubierto de besos, arrepentido como un amante infiel. He ido a buscar un cepillo al cuarto de baño, he peinado sus cabellos, que se habían vuelto apagados y quebradizos, y frotado su cuerpo con esencias y perfumes. Y ya no sé cuántas veces he amado a esa niña, hasta que la aurora

blanqueaba la ventana detrás de las cortinas corridas.

15 de octubre de 19..

El camino de Sévres es el camino de cualquier carne y los suspiros de la vomitadora no lo evitarán. ¡Ay!

2 de noviembre de 19..

Día de difuntos. Día fausto. El cementerio de Montparnasse estaba esta mañana de un gris admirable. La inmensa multitud enlutada se agolpaba en las avenidas, entre el apogeo de los crisantemos, y la atmósfera tenía el sabor amargo y embriagador del amor.

Eros y Thanatos. ¿Alguien ha pensado alguna vez en todos esos sexos debajo de la tierra?

La noche no tarda en caer. Aunque sea el día de difuntos, esta noche no saldré.

Me acuerdo. Acababa de cumplir ocho años. Una tarde de noviembre, semejante a la de hoy, me habían dejado a solas en mi habitación invadida por la oscuridad. Estaba preocupado, ya que la casa estaba llena de idas y venidas extrañas, de murmullos misteriosos que yo sabía estaban relacionados con la enfermedad de mi madre. Sentía sobre todo que se habían olvidado de mí. No sé por qué no me atrevía a encender la luz, y permanecía sentado, mudo y temeroso en la oscuridad. Me aburría. Para distraerme y consolarme, se me ocurrió desabrocharme los pantaloncitos. Encontré allí aquella cosa cálida y suave que siempre me hacía compañía. Ya no sé cómo mi mano descubrió los gestos necesarios, pero de pronto me sentí sumido en un torbellino de delicias del que parecía que nada en el mundo podría jamás sacarme. Mi asombro fue infinito al descubrir tantos recursos placenteros en mi propia carne y al sentir cómo mis dimensiones se modificaban de una manera que ni siquiera hubiera sospechado unos cuantos segundos antes. Apresuré mis movimientos y mi voluptuosidad se incrementó pero, en el preciso instante en que una ola que se me antojaba surgida del fondo de mis entrañas parecía querer sumergirme y alzarme por encima de mí mismo, sonaron unos pasos rápidos en el

pasillo, se abrió bruscamente la puerta y se encendió la luz. Pálida y con la mirada extraviada, apareció mi abuela en el umbral, y su turbación era tal que no se dio cuenta del estado en que me hallaba. «¡Pobre criatura! Tu madre ha muerto». Después, tomándome de la mano, me arrastró con rapidez. Yo llevaba un traje de marinero, cuya guerrera, bastante larga, ocultaba afortunadamente la bragueta que no había tenido tiempo de abrochar.

La habitación de mi madre, sumida en la penumbra, estaba llena de gente. Descubrí a mi padre, de rodillas en la cabecera de la cama y llorando con la cabeza hundida en las sábanas. Al principio me costó reconocer a mi madre en aquella mujer que parecía infinitamente más hermosa, más alta, más joven y más majestuosa de como la había visto hasta entonces. La abuela sollozaba. «Besa a tu madre por última vez», me dijo empujándome hacia la cama. Me empiné hasta aquella mujer maravillosa tendida en la blancura de la sábana. Posé mis labios en su rostro de cera, estreché sus hombros con mis bracitos y respiré su olor embriagador. Era como el de los bómbrices que el profesor de historia natural nos había dado en la escuela y que yo criaba en una caja de cartón. Aquel aroma suave, seco, almizclado, de hojas, larvas y piedras, salía de los labios de mamá y se esparcía por su cabellera como un perfume. Y, de repente, la voluptuosidad interrumpida se apoderó de mi carne infantil con una brusquedad desconcertante. Arrebuñado contra la cadera de mamá, me sentí invadido por una conmoción deliciosa, mientras me desahogaba por primera vez.

«¡Pobre criatura!», exclamó mi abuela, que había interpretado erróneamente mis suspiros.

5 de noviembre de 19..

Suele decirse que los que aman a los muertos sufren de anosmia. En mi caso no es así, y mi nariz percibe claramente los olores más diversos, aunque como todo el mundo, estoy acostumbrado a los de mi entorno hasta el punto de no olerlos. Es posible, por tanto, que el olor de bómbrice impregne todo mi apartamento sin que yo lo sepa.

Las mujeres de la limpieza no se quejan de ninguna molestia especial al limpiar la tienda de antigüedades que he heredado de mi

padre. Como máximo, de vez en cuando, una vaga protesta por las antiguallas, las borras de polvo y los trastos frágiles tan feos cuando por un precio mucho menor se podrían tener cosas nuevas. Sólo es en mi apartamento privado, en el quinto piso, donde su comportamiento me da que pensar. Examinan los rincones con un aire de prudente sospecha. Me contemplan socarronamente y, sobre todo, husmean con cara de asco y los ojos en blanco ante el olor del apartamento. Fisgonean una y otra vez, buscando en su memoria, sin encontrar nada que les sirva, y siguen husmeando, hasta que una extraña inquietud se apodera de ellas. Entonces, se comportan como animales acosados y después se van. Cuando intento convencerlas, me dan respuestas imprecisas con un aire temeroso y sacuden la cabeza si les propongo subirles el sueldo. Pongo un anuncio en los periódicos y recomienza la historia. Cierta día, sin embargo, una de esas mujeres tuvo el valor de preguntarme por qué vestía siempre de negro, aunque no llevara luto. Otra, muy joven y ya obesa, cuyo nombre he olvidado, comentó en una tienda del barrio que yo olía a «vampiro». Siempre la vieja y aberrante confusión entre dos seres tan diametralmente opuestos como el vampiro y el necrófilo, entre el muerto que se alimenta de los vivos y el vivo que ama los muertos. No es que niegue que, al cabo de unos cuantos días, el perfume de bómbrice se convierte en un olor como de metal recalentado que, cada vez más acre, se condensa finalmente en un hedor de vísceras. Cada una de estas fases tiene su encanto —aunque la última anuncie la separación—, pero jamás se me ocurriría la idea de devorar la carne de uno de mis amigos muertos, ni de beber su sangre.

En cuanto a la portera, ya hace mucho que ha dejado de asombrarse de que no tenga una «amiguita». Y como nunca aparece tampoco ningún «amiguito», ha llegado simplemente a la conclusión de que yo era una especie de san José, un pobre hombre. Mucho mejor. Hay ciertas verdades que escandalizarían a un espíritu rudimentario como el suyo. A mis amiguitos con el ano helado como la menta, a mis exquisitas amantes con el vientre coloreado de gris, los traigo de noche, en mi viejo Chevrolet, cuando todo duerme, y los despido de la misma manera hasta el puente de Sèvres o el de Asnières.

Esta mañana, mientras despachaba mi correspondencia, un cliente me ha pedido algo que me ha desconcertado. Era un hombre de unos cuarenta años, de rostro sanguíneo y calvicie incipiente, vestido como un abogado o un director de empresa. Examinaba los muebles, las porcelanas, los cuadros, pero sobre todo las curiosidades, como si buscara algo. Al final, acercándose a mi mesa me ha dicho: «Dígame, caballero, ¿ha tenido usted alguna vez netsukes divertidos? Pienso especialmente en los de Koshi Muramoto». Por un instante, nuestras miradas se han cruzado. ¿Cuántos son los conocedores de Koshi Muramoto, aquel maestro del siglo XVIII que, en su taller de Kyūshū, se dedicó en exclusiva a los netsukes macabros? Muertas sodomizadas por unas hienas, súcubos mamones, cadáveres abrazados como nudos de víboras, fantasmas devoradores de fetos, cortesanas empalándose sobre la rigidez de un muerto...

—Lo siento —le contesté—, pero generalmente las personas que poseen obras de este artista no suelen deshacerse de ellas. De todos modos, si usted quiere dejarme sus señas, podría, en el caso de que encontrara algo...

Se negó con una sequedad que daba a entender que había comprendido que jamás le vendería nada semejante. ¡Yo guardo los netsukes de Koshi Muramoto para mí! Sólo un necrófilo puede coleccionar semejantes objetos y aquel hombre me intrigaba.

—¿Prefiere usted pasar en otra ocasión? —insistí.

—No vivo en París. Sólo vengo aquí muy rara vez.

Se despidió y se fue. No me habría molestado charlar con él sobre los netsukes macabros, contarle unas cuantas cosas, seguramente inútiles, dirigirle una sonrisa de complicidad. No para conocernos mejor, sino para que supiera que le entendía. Eso es todo. Pues si bien los necrófilos —tan escasos— pueden reconocerse, no se buscan. Han elegido definitivamente la incomunicabilidad y sus amores trascienden en lo incommunicable. Solitarios, ni siquiera somos el vínculo entre la vida y la muerte. No hay vínculo. Pues la vida y la muerte están unidas para siempre, inseparables como el agua mezclada con el vino.

No he podido dejar de sonreír al sacar del bolsillo de mi chaleco un netsuke que llevo constantemente conmigo. No mide más de tres

centímetros y representa a dos rechonchos campesinos fornicando con mucha habilidad en las órbitas de una calavera.

La visita del aficionado a los netsukes me ha hecho recordar los pocos encuentros insólitos en que se ha revelado la necrofilia ajena. A decir verdad, nada muy sensacional ni muy frecuente. Me acuerdo, por ejemplo, de unas exequias a las que asistí, cuando tenía unos veinte años. Y, además, esa vez no lo hice por gusto sino por obligación; se trataba de un pariente lejano cuyo aspecto desagradable y carácter repulsivo alejaban de mí cualquier deseo de visitarle en su ataúd. Llegué a la hora del responso, el cura salmodiaba y unas cuantas mujeres sollozaban. En la pequeña capilla privada, la atmósfera estaba enrarecida y el catafalco ocupaba casi todo el espacio central; tanto el perfume de las flores como el de los cirios y del incienso dejaba adivinar como un atisbo de bómbrice. No tardé en darme cuenta de que no era el único en olerlo. Estaba en una de las minúsculas naves, donde la oscuridad era muy densa, pero no hasta el punto de ocultarme una pareja muy trivial, vestida de luto, pero de la que adiviné —sin saber por qué— que había venido para divertirse. Era indudable que la música, los cantos fúnebres y el bómbrice solían afectar al hombre de una manera muy concreta, ya que escuché claramente cómo su compañera le susurraba una pregunta precisa sobre el estado en que se encontraba. Utilizó una palabra vulgar, un término cuartelero, cuya crudeza me desconcertó. Creo que también esbozó un gesto, pero no me atrevería a afirmarlo. Bien porque fuera demasiado tímido para ir más lejos bien porque prefiriera la intimidad del dormitorio, la pareja se apresuró a abandonar la capilla. Las ropas negras de la mujer me rozaron al pasar. Tenía los ojos lechosos e inmóviles de una ciega.

Esa pareja eran unos necrófilos de pacotilla y sus preferencias no llegaban a la pasión. Sin embargo los hay que no vacilan ante nada y me acuerdo de un mal encuentro que tuve en el cementerio de Montmartre, sin ir más lejos el pasado año.

Habían inhumado a una actriz que había sido cliente mía, una mujer ni guapa ni fea, suficientemente insignificante como para parecer que jamás tenía que inspirar sentimientos extremos. Tan pronto como me enteré de su muerte, la deseé vivamente. Llegué al cementerio bajo una lluvia torrencial que sin duda no iba a

facilitarme las cosas. Como suelo hacer, descerrajé la cabaña que contiene las herramientas de jardinería y me hice con una laya. Siempre trabajo con extrema rapidez y jamás necesito más de una hora para abrir el foso, bajar a él, levantar la tapa del ataúd con el cortatríos y, una vez cargado el cadáver, trepar gracias a una técnica cuidadosamente ensayada. Entonces sólo me resta el traslado hasta mi coche, y la única dificultad consiste en izar el cuerpo por encima del muro, con la ayuda de una cuerda.

Aquella noche, la tremenda lluvia demoraba mis movimientos; empapada de agua, la tierra estaba pesada. Por otra parte, los meteorólogos habían predicho que la lluvia duraría unos quince días y yo no podía esperar tanto. Cuando salía penosamente de la fosa resbaladiza con mi fardo, vi a un hombre que se ocultaba detrás de una lápida para espiarme. Su gruesa silueta y su nuca rechoncha se destacaban con claridad sobre el fondo de la noche. Un miedo atroz se apoderó de mí. Aquel hombre pensaba seguirme, quizá matarme. O, tal vez, se disponía a denunciarme. Sin saber lo que hacía, abandoné a la actriz y escapé con la máxima rapidez que me permitía mi angustia. Salvé la pared de un salto y sólo al llegar a mi casa recuperé poco a poco la calma. Estaba seguro de que no me habían seguido; me había librado de él.

A la mañana siguiente, la lectura del periódico me procuró una abominable sorpresa. Habían encontrado en el cementerio de Montmartre el cadáver de una actriz muy conocida, despojado de sus ropas, destripado y horriblemente mutilado. La lluvia había borrado todas las huellas. El hombre repugnante que me había espiado había recogido el fruto de mis esfuerzos. ¡Qué horror! Me eché a llorar de despecho y pena.

22 de diciembre de 19..

Esta mañana he ido a dar una vuelta por el cementerio de Ivry, delicioso bajo la nieve, como una tarta de azúcar cande, extrañamente perdido en un barrio plebeyo. Al contemplar cómo una viuda engalanaba la tumba del difunto con un arbolito de Navidad, pensé de pronto cómo escasean ahora las mujeres de luto riguroso, con velos flotantes, en la mayoría de los casos rubias, que invadían las necrópolis no hace más de veinte años. Eran en general

—aunque no siempre— profesionales que practicaban su arte detrás de los panteones familiares, con una ausencia de brío y de sinceridad absolutamente deprimentes. Carne para viudos.

1 de enero de 19..

Celebro el Año Nuevo en buena compañía: la de una portera de la Rué Vaugirard, fallecida de una embolia. (Suelo enterarme de este tipo de detalles en el transcurso del entierro). Esta viejecita no es sin duda una belleza, pero sí extremadamente cómoda, llevadera, silenciosa y elástica, agradable a pesar de que los ojos se le han metido dentro de la cabeza, como los de una muñeca. Le quitaron la dentadura postiza, lo que le hunde las mejillas, pero, cuando la he despojado del espantoso camisón de nailon, me ha sorprendido con dos senos juveniles, duros, sedosos, absolutamente intactos: su regalo de Año Nuevo.

Con ella, el amor está impregnado de una cierta calma. No abrasa mi carne, la refresca. Yo, habitualmente tan avaro del tiempo que paso con los muertos —un tiempo que corre con mucha rapidez— y que intento exprimir cada segundo vivido en su compañía, me he acostado esta noche a su lado para dormir unas cuantas horas, igual que un esposo junto a su esposa, con un brazo debajo de su fina nuca y la mano posada sobre el vientre que me había proporcionado algún placer.

La menuda portera se llamaba Marie-Jeanne Chaulard. Un nombre que seguramente habría complacido a los hermanos Goncourt.

Sus senos son en verdad notables. Al juntarlos, se consigue un pasadizo estrecho, rollizo, infinitamente suave.

Acaricio ligeramente sus cabellos grises y ralos, echados hacia atrás, el cuello y los hombros, en los que se seca ahora una baba plateada como la que dejan los caracoles.

Mi sastre —un sastre que ha conservado los untuosos modales de los viejos tiempos y me habla en tercera persona— no ha conseguido a la postre dejar de sugerirme un vestuario menos sombrío. «Pues, por elegante que sea, el negro resulta triste». Es, por tanto, el color que me conviene, ya que yo también estoy triste. Triste por tener que separarme siempre de los que quiero. El sastre

me sonrío en el espejo. Ese hombre cree conocer mi cuerpo porque sabe dónde coloco mi virilidad en el pantalón y porque ha descubierto con asombro que los músculos de mis brazos están anormalmente desarrollados en un hombre de mi profesión. Si supiera para lo que pueden servir también unos buenos músculos... Si supiera el uso que hago de esa virilidad, que, tal y como ha anotado en su libreta, cargo a la izquierda...

2 de febrero de 19..

Una clienta ha dicho esta mañana una frase muy bella con respecto a un cofre marino portugués, del siglo XVII: «¡Qué hermoso es! ¡Parece un ataúd!». Además, lo ha comprado.

12 de mayo de 19..

No puedo ver a una mujer bonita o a un hombre agradable sin desear inmediatamente que estén muertos. Antes, en los días de mi adolescencia, lo deseaba incluso con pasión, con furia. Se trataba de una vecina, tres o cuatro años mayor que yo, una muchacha alta y morena, con los ojos verdes, a la que veía todos los días. Aunque la deseaba, nunca se me ocurrió ni siquiera tocarle la mano. Esperaba, ansiaba su muerte, y esa muerte se convertía para mí en la máxima aspiración en torno a la cual gravitaban todos mis pensamientos. *Shall I then say that I longed with an earnest and consuming desire for the moment of Morella's decease? I did*^[1]. Más de una vez, me bastaba con encontrarla —se llamaba Gabrielle— para sumirme en una formidable excitación que sabía, sin embargo, cesaría en el mismo instante en que tomara la más pequeña iniciativa. Entonces, durante horas me describía todos los peligros y todos los modos de fallecimiento que podían afectar a Gabrielle. Me gustaba figurármela en su lecho de muerte, imaginar con toda exactitud las circunstancias del entorno, las flores, los cirios, el olor fúnebre, la boca pálida y los párpados mal cerrados sobre unos ojos en blanco. Una vez, al encontrármela por casualidad en la escalera, observé que mi vecina tenía un pliegue doloroso en la comisura izquierda de los labios. Yo era joven, estaba enamorado y era romántico, lo que me hizo deducir inmediatamente que ella tenía una secreta

tendencia al suicidio. Corrí a encerrarme en mi habitación, me arrojé sobre la cama y me entregué a voluptuosidades solitarias. Delante de mis ojos cerrados, veía a Gabrielle balancearse lentamente, colgada de un gancho del techo. De vez en cuando, el cuerpo vestido con una combinación de encaje blanco giraba al final de la sogá, ofreciendo a la vista sus aspectos más diversos. El rostro me gustaba mucho, aunque estuviera ladeado y semioculto por la cabellera que caía sobre él, sumiendo en una oscuridad encantadora la enorme lengua, casi negra, que como el chorro de un vómito llenaba la boca abierta. Los brazos, de un moreno mate, bastante hermosos, colgaban de unos hombros blandamente dislocados, y los pies desnudos orientaban sus puntas hacia dentro.

Repetí esta fantasía sin modificar nada cada vez que mi deseo lo exigió, y durante mucho tiempo me procuró unas voluptuosidades en extremo intensas. Después Gabrielle abandonó la ciudad; al dejar de verla, acabé por olvidarla y la imagen que me había proporcionado tantas alegrías acabó a su vez por desvanecerse.

3 de agosto de 19..

Henri, muerto de escarlatina a la edad de seis años —afortunadamente yo no pillo jamás la menor enfermedad— es un buen hombrecillo. Tiene un auténtico cuerpo para jugar con él, para disfrutar con él, aunque juegos y placeres tengan que desarrollarse en las superficies externas. Es un niño tan estrecho que he tenido que renunciar a las delicias más profundas, de lo contrario nos hubiéramos herido los dos. He intentado inútilmente las más diversas técnicas, sin omitir algunas que en mi ingenuidad había creído infalibles. Pero, tal como es, Henri resulta succulento. El interior de sus muslos, ligeramente cóncavo, permite una unión casi perfecta. Como se halla, por desgracia, en un estado muy avanzado, sé que no podré conservar a este niño durante mucho tiempo. De modo que lo trato con escasos miramientos, sin negarme los jugueteos en baños calientes, aunque sé, sin embargo, que precipitan su degradación. Sus carnes se reblandecen de hora en hora, su vientre se vuelve verde, se hunde, rebosa de malas flatulencias que estallan en enormes burbujas en el agua del baño. Peor aún: su cara se enfurruña y se parece cada vez menos a lo que

era; ya no reconozco a mi pequeño Henri.

7 de agosto de 19..

Anoche me despedí de Henri, cuyo olor era intolerable. Había preparado un baño fuertemente perfumado a fin de poder seguir apretando sobre el mío su cuerpecillo delicuescente. Henri me dio una sorpresa, ya que los muertos están llenos de sorpresas —pienso en los senos de Marie-Jeanne, y en muchas otras más—. Me ha permitido al fin penetrar realmente en su carne reblandecida como la cera fundida: es su manera de endulzar nuestra despedida. Lo he secado con una toalla de baño, he vuelto a ponerle el pijamita de muletón rosa que llevaba al llegar, he alisado su flequillo oscuro que el agua del baño hacía parecer casi negro. En el coche, lo llevaba sentado a mi lado, sosteniéndolo con una mano mientras conducía con la otra. Circulaba lentamente, no tenía prisa por llegar. Como siempre en tales casos, la pena me pesaba en el corazón. «No, todavía no», me repetía. He cruzado el Sena en Saint-Cloud, pero sólo a la altura de Maisons-Lafitte he hecho acopio del valor necesario. He vuelto a París, en medio de la larga comitiva de los camiones de hortalizas, el olor de las hierbas pisoteadas, los bocinazos, el resplandor de los faros. De repente, he visto en el retrovisor mi cara inundada de lágrimas.

20 de noviembre de 19..

Esta noche no saldré; no tengo ganas de ver a nadie y me gustaría cerrar la tienda toda la tarde. Hoy hace cuatro años que tuve que separarme de Suzanne.

En aquella época, todavía no llevaba mi diario, pero ahora quiero escribir, para revivirlo una vez más, el relato de mi encuentro con ella.

Todo había comenzado de una manera dramática y peligrosa y, desde un principio, nos sentimos amenazados de modo recíproco. Fue una tarde de noviembre, muy tibia, algo brumosa, con las aceras resbaladizas debido a las hojas mojadas. Noviembre siempre me aporta algo inesperado, aunque esté aguardándolo desde siempre. Había ido a buscar a Suzanne al cementerio de

Montparnasse. Espera. Felicidad anticipada, como en cada ocasión. De ella únicamente sabía su nombre, que tenía treinta y seis años, que estaba casada, sin profesión. Sentía una gran curiosidad por conocerla. Todo se desarrolló con normalidad y no me costó ningún esfuerzo pasarla por encima del muro; era menuda y delgada. Creía que sólo tenía que recorrer unos diez pasos desde el Boulevard Edgar-Quinet hasta la Rué Huyghens, donde había dejado mi coche, pero probablemente la bruma me confundió, ya que casi al momento reparé en que había salido del cementerio mucho más lejos del lugar previsto. Me apresuré cuanto pude, satisfecho de que Suzanne fuera tan liviana, cuando, de repente, creí que el corazón iba a detenerse en el pecho. Dos policías que hacían su ronda venían a mi encuentro en su vehículo. Sin ninguna prisa, pero obstruyéndome la única retirada posible; oía con claridad el espantoso chirrido de las ruedas. Manteniendo a Suzanne fuertemente abrazada, la apoyé contra la pared del cementerio. Por suerte, no vestía una de esas horribles túnicas mortuorias, sino que llevaba simplemente un traje de lana y unos zapatos de paseo. Entre el chirrido espantoso de las ruedas, el haz de una linterna eléctrica nos tocó las piernas: las de una pareja que se abraza. Detrás de mí, el mundo hostil, los policías, la estupidez, el odio. Delante de mí, aquella mujer desconocida con la cara apoyada en la sombra de la mía, aquella mujer que se llamaba Suzanne y por cuyo amor yo arriesgaba mi propia destrucción. Creí que aquel instante no terminaría jamás, hasta que una voz ronca que se alejaba por el Boulevard Raspail escupió un «vaya mierda, curioso decorado para unos enamorados...».

No sé la de siglos que necesité para superar la parálisis en que me había inmovilizado el terror, como en una pesadilla, y ponerme en marcha y llegar a mi coche. Aunque yo no fuera tan estúpido como para medir el precio de las cosas por las dificultades de su conquista, ya sabía que esta prueba era la contrapartida de dichas inefables.

Suzanne... Una burguesita con el pelo rubio discretamente peinado, y una blusa de lunares debajo de un traje clásico. Le habían quitado la alianza. En esos instantes, la llevaba su marido, postrado por la pena —o quizá no— entre las plantas, el aparador y el televisor, en algún lugar de un apartamento de la Rué de Sévres.

Rué de Sévres... Pont de Sévres...

No era guapa, seguramente jamás lo fue, sólo de cara graciosa, con su nariz respingona y sus cejas enarcadas en un formidable asombro. La muerte debió de sorprenderla tal vez entre unas compras en el Bon Marché y la preparación de una tarta de manzana, y segarla de un golpe seco, de un infarto o algo parecido. No mostraba la menor huella de combate ni tampoco de apaciguamiento, nada. Sólo el asombro de estar muerta. Suzanne tenía una piel suave y unas uñas almendradas. Al quitarle la blusa, descubrí unas axilas cuidadosamente afeitadas. Llevaba ropa interior de Crepé de China, de una calidad superior a la de su traje, y deduje de ello una dignidad, un pudor femenino de buena ley. Se veía por su cuerpo que siempre lo había respetado con una especie de ascetismo, pero un ascetismo amable, civilizado, clemente.

Suzanne... El lirio... La pureza de cada vez que se franquea un nuevo umbral. Ella había salvado el de la muerte.

Desde el primer momento supe lo que Suzanne significaría para mí. De modo que, aunque yo fuera muy friolero, me apresuré a cerrar la calefacción y a organizar esas solapadas corrientes de aire que refrigeran las habitaciones en un momento y durante muchas horas. Preparé hielo y alejé de Suzanne todo lo que pudiera dañarle. Salvo a mí mismo, desgraciadamente.

Me acerqué a ella, impaciente como un joven esposo. Su delicioso olor de bóbice era justo el que necesitaba. Llevé a Suzanne a mi cama. Con una mano temblorosa, le quité el sujetador y las braguitas. La espera me arrancaba gemidos y la tensión de mi deseo no me permitía seguir demorando el instante de la posesión. Me arrojé encima de aquella muerta encantadora y, sin ni siquiera quitarle el portaligas o las medias, la tomé con un fervor y una violencia que creo que jamás había sentido hasta entonces.

Al llegar el día, bajé a la portería y ordené a la portera que no dejara que me molestaran bajo ningún pretexto. Alegué un trabajo urgente y difícil, la restauración de un cuadro muy valioso —tarea que, por otra parte, jamás realizo yo mismo—. Tuve la impresión de que me creía, pese a la extraña mirada que me dedicó.

Me encerré con Suzanne. Nupcias sin música y sin flores, en mi dormitorio glacial, con las luces encendidas. No contesté al teléfono. Por una o dos veces, pese a mi prohibición, llamaron a la

puerta de entrada. Con el corazón palpitante, reteniendo el aliento, inmóvil en el vestíbulo oscuro, me sentía dispuesto a todo para defender mi tesoro.

Rodeé a Suzanne de bolsas de hielo. Mojaba a menudo con agua de colonia su rostro maravillosamente intacto, a excepción de aquel resplandor graso que se pega a los pómulos y aquel delicado encogimiento que afina la nariz de los muertos. Tres días después de su llegada, Suzanne abrió de repente la boca, como para decir algo. Tenía unos bonitos dientes, muy regulares. ¿Acaso no dije que los muertos siempre nos dan sorpresas? Qué buenos son los muertos...

Durante catorce días, he sido inefablemente feliz. Inefablemente pero no del todo pues, para mí, la alegría siempre va acompañada de la pena de saberla efímera, la felicidad lleva siempre, ostensiblemente, el germen de su propio final. Sólo la muerte —la mía— me liberará de la derrota, de la herida que nos inflige el tiempo. Con Suzanne yo experimentaba todos los placeres sin agotarlos. La cubría de caricias, lamía tiernamente su sexo, la montaba ávidamente, me sumergía en ella una y otra vez, cuando no prefería las delicias de Sodoma. Entonces Suzanne dejaba escapar un leve silbido que sonaba a admirativo o amablemente irónico, un soplo que parecía no querer terminar, una dulce y prolongada queja: Ssss... Una ese como de Sévres...

Suzanne, mi hermoso lirio, la alegría de mi espíritu y de mi carne, fue cubriéndose de manchas violáceas. Yo multiplicaba las bolsas de hielo. Habría querido conservar a Suzanne siempre. La conservé casi dos semanas, apenas sin dormir, alimentándome de lo que encontraba en la nevera, bebiendo a veces en exceso. El tictac de los relojes y el crujido de los revestimientos de madera habían adoptado un tono especial, como siempre que la Muerte está presente. Ella es la gran matemática que adjudica su valor exacto a los datos del problema.

A medida que pasaba el tiempo, que el polvo depositaba un velo de ceniza sobre todas las cosas, aumentaba mi desesperación por tener que abandonar a Suzanne. Las ideas más insensatas me venían a la mente. Había una, sobre todo, que ya no me abandonaba. Me decía que habría tenido que llevarme a Suzanne al extranjero —¿pero dónde?— desde la primera noche, antes incluso de haberla

convertido en mi amante. La habría hecho embalsamar y así no habría tenido que separarme jamás de ella. Hubiera significado la felicidad. Y en lugar de eso, había sido insensato, insensato y malvado, no había tenido el sentido común de superar y de demorar mi deseo, había perdido por culpa de la grosería de mi sexo un cuerpo del que habrían podido disfrutar siempre mis sentidos y mi corazón. Ahora era demasiado tarde, ya no podía hacer embalsamar a Suzanne. El arrepentimiento y el dolor me atenazaban espantosamente. Pero tan pronto como me acababa de decir que ya era demasiado tarde y que lo había estropeado todo, me precipitaba de nuevo a los pies de mi amante, cubriendo de besos sus piernas, en las que ya comenzaba a reaparecer el vello depilado. El deseo se apoderaba de mí aún con mayor fuerza que la pena, y no tardaba en verme abrazado a Suzanne, mi boca en su boca, mi vientre encima del suyo.

La pasión y el pesar me habían invadido hasta el punto de que ya no me bañaba, no me afeitaba, y los espejos me devolvían la imagen de un hombre lívido, hirsuto, con los ojos hundidos y enrojecidos. Sentado en la cabecera de Suzanne, con una botella a mi lado, rodeado de mantas para luchar contra el frío, imaginaba que me hallaba en mi propia tumba. Los rumores del exterior apenas llegaban hasta mis oídos, casi no atravesaban las cortinas corridas, salvo, a veces, el trueno de un camión o el sonido claro de los cubos de basura arrojados al alba sobre la acera.

La última noche lavé a Suzanne, la vestí con su fina ropa interior y su trajecito burgués, que dos semanas antes, en plena euforia, le había quitado. Envuelta en una manta escocesa, la llevé hasta el coche. Suzanne verde, Suzanne azul, y creo que ya habitada. En el momento en que dejé que se deslizara por el Sena, lancé un grito que oí resonar, como procedente de otro planeta. Me pareció que me arrancaban el corazón, que me arrancaban el sexo.

El Sena había acogido su cuerpo, saturado a lo largo de dos semanas de mi sudor y repleto de mi semen, mi vida, mi muerte, mezclados en Suzanne. En ella entré en el Hades, con ella rodé hasta los légameos oceánicos, me ensortijé en las algas, me petrifiqué en las rocas calizas, circulé por las venas de los corales...

De vuelta a mi casa, me arrojé sobre el lecho, que olía a carroña. Me dormí al instante, brutalmente arrebatado por un sueño mortal,

mecido por las mismas olas negras —*mare tenebrarum*— que mecían a Suzanne, mi amor.

1 de diciembre de 19..

No detesto mi oficio; sus marfiles cadavéricos, sus porcelanas descoloridas, todos los bienes de los muertos, los muebles que han confeccionado, los cuadros que han pintado, los vasos donde han bebido cuando la vida les era dulce. A decir verdad, el oficio de anticuario es un estado necrofílico casi ideal.

30 de diciembre de 19..

En casa de mi vecino, el librero, he visto un grabado galante del siglo XVIII —un fraile fornicando con una monja— que me ha recordado un episodio burlesco ocurrido hace unos diez años.

Había acudido a Melun para unos asuntos que conseguí ultimar en mucho menos tiempo del previsto. Como había ido en tren, me quedaban todavía dos largas horas por delante. Ahora bien, sabía que en la capilla de las Hijas de Santo Tomás de Villanueva, más exactamente en la galería norte, estaba la Circuncisión, de Gentile Bellini. Como esas religiosas no eran de clausura, su capilla estaba abierta al público. La dueña del restaurante donde había almorzado me había contado cosas bastante horribles sobre la histeria y la insigne maldad de las monjas con los huérfanos que albergaban. El convento estaba situado en las puertas de la ciudad. Hacía un calor sofocante, tormentoso, y todo parecía dormitar. Me encontré la verja del jardín abierta de par en par, al igual que la puerta de la capilla, en la que entré sin ser visto. La escalera de las galerías arrancaba justo a la derecha de esa puerta y subí por ella inmediatamente. Encontré la Circuncisión, que me llenó de tristeza porque había sido restaurada hacia 1890 por algún zafio pintor de brocha gorda. Este había vestido nuevamente a los personajes de la escena, retocado las arquitecturas, metido unas tupidas colgaduras en la abertura de las ventanas por las que antes se vislumbraban las marismas venecianas. Era como para echarse a llorar.

Antes de bajar de nuevo, me asomé a la balaustrada de la galería, desde la que podía, con una sola mirada, abarcar toda la

planta baja. La galería central estaba ocupada por unas andas a modo de catafalco sobre las que reposaba una religiosa, sin duda abandonada temporalmente por las monjas que debían custodiarla. Aunque muerta, esa monja, con el vientre hinchado como un pellejo y una cara que parecía salida del lápiz de Daumier, me inspiró una viva repulsión. Llevaba el hábito de su orden y sus hermanas la habían tocado con una corona de grandes rosas de papel, con lo que daban a entender que era virgen. De todas las muertas que he visto, esta monja fue la única que no me inspiró simpatía ni ternura: la totalidad de su persona rezumaba maldad. Observé la imagen con disgusto, asombrándome únicamente de la frecuencia con que el necrófilo descubre la muerte, el borracho la botella y el jugador los naipes. En el mismo instante en que me formulaba esta reflexión, un hombrecillo de nariz larga y aspecto muy devoto entró en la capilla y se prosternó ante el altar persignándose con el agua bendita. Descubrió entonces las andas y pareció electrizado, en el mismo momento en que se dejó oír un trueno formidable y una lluvia torrencial intentaba penetrar bruscamente en la capilla. Después de un breve titubeo, el hombrecillo corrió hasta la puerta para cerrarla, así como la de la sacristía. A continuación, protegido por el diluvio de cualquier intrusión inesperada, miró a derecha e izquierda para cerciorarse de que estaba a solas, olvidándose, sin embargo, de alzar la mirada a las galerías. Tranquilizado, se arrojó sobre la virgen cristiana y septuagenaria y, después de extraer un miembro delgado, colorado y bulboso como el de los sátiros de Pompeya, se lo introdujo jadeante. Lo consiguió y zarandeó furiosamente a la monja, que lanzaba el chillido agudo de una rata en celo a cada una de sus embestidas, mientras que la corona de rosas de papel, caída encima de la nariz, se estremecía rítmicamente, al son de castañuelas del rosario. Indudablemente el hombrecillo no era un necrófilo inveterado, sino tal vez, como máximo, uno de esos que opinan que nunca es demasiado tarde para hacerlo. A decir verdad, pienso más bien que la ocasión hace al ladrón, y que de igual manera habría satisfecho su repentina necesidad con una cabra. Pataleando, saltando y aullando como si le hubieran cortado las orejas, el hombrecillo finalizó su carrera con los chillidos de la monja y el tambor batiente de todos los truenos celestiales. Tras lo cual, se abrochó con un aire compungido, colocó

en su sitio la corona de rosas artificiales y bajó las sayas de la esposa del Señor antes de salir furtivamente.

Yo esperé todavía un rato y, alejada la tormenta, salí a mi vez. La escena me había divertido por su tufillo a fabliau rústico, la había visto como una graciosa alegoría del mundo cristiano asaltado por el paganismo. En cuanto al sacrilegio, hace ya mucho que no creo en él.

7 de enero de 19..

Se habla del sexo en todas sus formas, salvo en una. La necrofilia no es tolerada por los gobiernos ni aprobada por los jóvenes contestatarios. Amor necrofílico, el único que es puro, ya que hasta el *amor intellectualis*, esa gran rosa blanca, espera ser pagado a cambio. No hay contrapartida para el necrófilo enamorado, el don que hace de sí mismo no despierta ningún impulso.

De vez en cuando —casi siempre después de mis salidas nocturnas— la prensa sensacionalista agita la opinión. Llega incluso a lanzar hipótesis ridículas, recordando los estudiantes de medicina de tiempos pasados que iban a buscar sus objetos de disección al cementerio de Clamart, o los *resurrectionists* de la era victoriana. Un plumífero especialmente inspirado no ha vacilado en sugerir ciertas orgías antropófagas, algo como los placeres del Ogro Minski.

Da igual. No basta con ser temeroso como yo soy, también hay que ser prudente. Muchas veces tengo la sensación de que me observan o me acechan. Sobre todo los criados, asistentes, porteras, tenderos. Y los polis, claro. Sobre todo los polis.

15 de marzo de 19..

Herodoto nos cuenta que las mujeres distinguidas «no son entregadas a los embalsamadores inmediatamente después de su muerte, al igual que las mujeres muy hermosas y muy famosas. Sólo se las confían al cabo de tres o cuatro días. Con ello se pretende evitar que los embalsamadores abusen de ellas».

Es el más antiguo de los comentarios, aparecidos en las crónicas, sobre esta inofensiva pasión que algunos denominan perversión. ¡Aunque los «tres o cuatro días» son de una ingenuidad...!

10 de mayo de 19..

Ayer, uno de mis clientes, un joven y encantador pianista, intentó seducirme. Tomábamos el té, sentados en el pequeño sofá Imperio de la biblioteca, un mueble más bien estrecho. Yo junté en las mías las dos hermosas manos viajeras y se las devolví a su dueño riendo, de la misma manera que se rechaza una pareja de pájaros.

—Oh... Lucien. ¿No le gustan los chicos? Y yo que creía...

—Claro que me gustan los chicos. Y también las mujeres.

Como realmente no podía decirle: «Me gustaría mucho sus ojos en blanco, sus labios mudos, su sexo glacial, ojalá estuviera usted muerto. Por desgracia, tiene el mal gusto de estar vivo», añadí hipócritamente:

—Pero yo no estoy libre y no me gustaría ocasionarle complicaciones. Es una pena.

Me creyó con mucha amabilidad.

7 de junio de 19..

No paso un día sin recordar a Suzanne, sus senos con las anchas aureolas beiges, su vientre vacío, suspendido como una lona sobre las dos puntas de las caderas, su sexo, cuyo mero recuerdo basta para conmover el mío. Hoy, ¿a qué conchas marinas se ha unido el marfil de sus huesos?...

1 de julio de 19..

La estancia de la señorita de Ivry me ha cansado de tal manera que ahora sólo tengo ganas de acostarme solo.

Descubrí su tumba por casualidad, cuando había ido a dar un paseo por el cementerio para relajar la mente: una tumba muy reciente, que todavía no llevaba nombre. Me pregunté, lleno de curiosidad, a quién podía contener y me prometí regresar. Pues bien, la tumba contenía un ataúd de pino de calidad inferior —son precisamente los más cómodos— en el que estaba tendida una mujer que me llevé sin esfuerzo a casa. Hay en mis amores un instante inefable, aquel en que descubro por primera vez el rostro del acompañante con que me gratifica la suerte, cuando me inclino

con avidez sobre él y descubro las facciones que no tardarán en resultarme familiares.

Aparentaba entre cuarenta y cuarenta y cinco años, aunque debo reconocer que la muerte rejuvenece mucho. Era una mujer del pueblo, probablemente costurera, ya que tenía el índice izquierdo calloso y con mil pinchazos de aguja. Observé también que la piel de las manos era demasiado holgada para sus huesos; espesa, como acuosa, rodeaba las falanges con pesados pliegues. Era morena como una gitana: sus párpados, los pezones de sus senos, su sexo tenían aquel color de humo profundo y un poco violáceo que se encuentra en el terciopelo de algunas setas o en las hortensias afectadas por la helada. Opulentas greñas de un astracán brillante recubrían sus axilas y su pubis. Y, sobre todo, tenía un bigote extraordinario: dos comas negras, finas y flexibles enmarcaban su boca y bajaban hasta el final de sus mejillas, crueles como las de un Gengis Khan cualquiera. Una persona original, sin duda. Por otra parte, no tardaría en darme cuenta de que no era esta la menor de sus peculiaridades. Era virgen, como descubrí en el mismo instante en que dejó de serlo. ¿Había temido u odiado a los hombres? ¿Había preferido a las mujeres? Con aquel bigote en forma de látigo... Con aquella porción extraordinariamente viril de su feminidad: una almendra dura y fuerte, dominando el pliegue de las ninfas...

Mi virgen de Ivry poseía sobre todo una peculiaridad perturbadora. Diríase que había decidido tomar en la muerte el desquite de su prolongada abstinencia. Jamás había encontrado un sexo tan insólito como el suyo, viviendo en esta muerte una formidable vida autónoma e indescifrable. A veces, se dilataba como el pez globo, hasta el punto de creermelo perdido en un abismo; otras me aferraba súbitamente, me apresaba, me chupaba con unos chasquidos voraces. Otra peculiaridad inquietante: mi semen desaparecía en él sin dejar huellas, misteriosamente absorbido por aquella mujer-secante, por aquella planta carnívora.

Varios días me dejé tentar por la turbulenta virgen de Ivry, aunque no sin el temor de que, falsa muerta, pudiera de repente abrir los ojos, animarse con mi sustancia y devorarme. Además, su agitación aumentaba a medida que pasaban los días, aunque, afortunadamente, en la misma proporción que el tranquilizador olor

a bómice.

Cierta noche, mi amante abrió bruscamente la boca, igual que antes había hecho Suzanne. Pero, como carecía de modales, la virgen de Ivry lo hizo en un bostezo leonino, descubriendo al mismo tiempo una dentadura irregular y descuidada. En otra ocasión, cuando para escapar a la malicia de su sexo yo buscaba paso en su retaguardia, me lanzó una serie de exabruptos que me desanimaron. Sin que conceda una importancia excesiva a ese tipo de accidentes, prefiero en cualquier caso que no se produzcan. Pero la virgen de Ivry tenía también muchos aspectos divertidos y estoy lejos de olvidar los placeres que me proporcionó.

Sin embargo, hasta las cosas mejores se acaban. Señorita, le agradezco su visita y su compañía. Es usted encantadora pero todos los artificios de sus diferentes feminidades no pueden arrancarme lo que ya no poseo. Absolutamente vacío, me pregunto si no será usted un súcubo...

24 de julio de 19..

Comienzo a añorar mi virgen de Ivry, mi muerta-viva cuya carne palpitante sabía rodear tan bien la mía y aspirar mi sustancia. Algo que no se encuentra dos veces en la vida, ni dos veces en la muerte... Melancolía de ignorar hasta su nombre. Magia que se me escapa. *Nevermore*.

No he valorado a esa mujer todo lo que debía.

¿He estado irónico, con esa ironía que no es más que el mal abrigo de los pobres vergonzantes? ¿He olvidado —olvidar es dejar de sentir, es una estupidez del espíritu y del cuerpo—, he olvidado, repito, que cada vez me enamoro?... Un día, por casualidad, caminaba detrás de dos estudiantes alemanas y oí que una le decía a la otra: «... *denn jedes-mal, verliebe ich mich heillos...*». Podría decir que también es mi caso. *Ich auch, Liebe, ich auch*^[2]... La verdad es que he sido tan cobarde que me avergüenzo de la virgen insólita y bigotuda, de mi princesa kirguiza con la vagina retráctil y recitativa. Claro que la amaba... A menos que no deba utilizar determinadas palabras, ya que parece que el necrófilo, tal como se presenta en los claroscuros de la fantasía popular, no tiene derecho a reivindicarlas.

Entretanto ha sucedido un simpático episodio, hace unos cuantos días. Un «muertecito de mentirijillas», de dieciocho o veinte años, desgraciadamente muy estropeado por un accidente. Pero sereno y fraterno. Un amigo al que llamaba «Piel de melocotón», aunque se llamara de otra manera y la piel de melocotón en cuestión, lejos de ser la suya, sólo fuera un remedio obligado.

2 de septiembre de 19..

Una aventura bastante desagradable e inesperada.

Había ido a pasar el día al bosque de Fontainebleau porque el tiempo era magnífico y no tenía ganas de seguir encerrado en la tienda. Me paré unos minutos en Barbizon. Al pasar ante una pequeña panadería, vi un letrero: cerrado por defunción. Mi traje negro y mi condición de forastero llamaron la atención de una anciana asomada a su ventana. Creyó sin duda que yo estaba allí por las exequias. En el fondo, no se equivocaba demasiado, siempre voy a las exequias, asisto a una perpetua fiesta mortuoria, a unas nupcias fúnebres. La muerte me atrae desde muy lejos, a través de unos laberintos desconocidos.

—Llega demasiado tarde —me dijo la anciana—, lo enterraron ayer por la tarde. ¡Un hombre tan guapo! ¡Qué desgracia! El volante de su camioneta se le incrustó por aquí.

Señalaba su epigastrio. Di las gracias a la mujer y me fui. Había leído su nombre en el rótulo de la panadería. «Fierre», me repetía. Fierre, un hombre guapo...

Sólo me acuerdo de aquella tarde como a través de una niebla. Había perdido la noción del tiempo y guie mi espera más por la luz que por mi reloj. La luz... Mi enemiga... ¿Por qué me pusieron el nombre de Lucien, a mí, el lucífugo? Las horas me parecían aún más largas al estar lejos de mi entorno habitual. Dormí un rato en el coche y cuando desperté comprobé con sorpresa que ya eran las dos de la mañana. Soy incapaz de describir el cementerio de Barbizon, anodino seguramente, con sus coronas de perlas y sus ángeles llorones. No me costó ningún esfuerzo descubrir la tumba más reciente, coronada por unas flores amontonadas como el heno de un pajar. Y tampoco tuve dificultad en remover la tierra, bastante blanda, ni en abrir el ataúd, que, de todos modos, me pareció

anormalmente grande.

Un hombre guapo... ¡Cielos! Medía poco menos de dos metros y era tan fornido como alto. Probablemente en el hospital habían intentado salvarle, ya que un espeso vendaje con una mancha líquida en el centro ceñía su torso monumental, en el que crecía un pelo duro, rizado y oscuro. Jamás había visto un muerto tan tranquilo, con el rostro romano un poco pesado, la piel blanca y suave como aquella harina con la que durante años había amasado el pan de los vivos. Inmediatamente me di cuenta de que me resultaría imposible desplazar a Pierre un solo centímetro. Con esfuerzos infinitos, conseguí, sin embargo, sacar a medias su cuerpo del ataúd. Me sentí como avergonzado de gozar de él allí mismo, expuesto a la hostilidad de un mundo abierto, a los peligros de los imponderables. Pues la clandestinidad exige unas murallas que protejan del aliento de la tierra y unas cortinas que detengan la mirada de los astros.

La cabeza de Pierre chocaba regularmente con la madera de la pared lateral y su torso se veía sometido al mismo movimiento giratorio que se ve en algunos árboles torturados, mientras que su cintura se doblaba bruscamente en el borde del ataúd, liberando el trasero y dislocando sus largas y fuertes piernas. Me di cuenta de que Fierre había debido conceder con frecuencia en vida lo que me daba de muerto. No me molestaba, pero me sentía insatisfecho por la inconveniencia de la posición, la estrechez de la tumba y la carrera repentina de una rata. Antes de abandonar a Fierre, lo coloqué de nuevo lo mejor que pude en su ataúd y lo cubrí con los paños del sudario. Parecía un Cristo en su sepultura en brazos de un profano José de Arimatea.

Eso ocurrió anteayer. Y es como si hubieran pasado veinte años. Fue la única vez en que no ofrecí a uno de mis amigos fúnebres la dulzura de mi lecho y la tranquilidad de mi dormitorio.

12 de enero de 19..

«Jérôme B... 15 años. Sin profesión. Avenue Henri-Martin. Cementerio de Passy. 14 horas».

Visitar.

Había mucha gente en el entierro de Jérôme, al que asistí para poder localizar después la tumba con mayor facilidad. Y también por gusto, por curiosidad, por simpatía. Agradable frío seco. Toda la mejor sociedad del distrito XVI, en abrigo de cachemira y pieles de astracán. Me encontré al lado de una anciana con sombrero violeta, que no cesaba de parlotear. «Dos días de una enfermedad que parecía inofensiva después crac acababa justamente de tener un trimestre tan bueno en Janson-de-Sailly la horrible pena de los padres el pobre Charles y sobre todo la pobre Zouzou ah sí ya que puede que usted no lo sepa pero jamás llamó mamá a su madre sino Zouzou los dos se adoraban de una manera inimaginable pero tal vez sea usted de la familia ¿conocía a Jérôme?».

Le contesté que era su profesor de latín pero la anciana recuperó inmediatamente el hilo de su monólogo.

Los padres. Él, muy flaco, muy elegante, extraviado en su dolor como en un país lejano. Ella, una joven señora con grandes ojos azules tumefactos por las lágrimas, con la opulenta cabellera castaña, mal disimulada por el velo negro.

Un tipo obeso, embutido en un abrigo con forro de pieles, se acercó a la tumba y leyó una oración fúnebre copiada de Bossuet, con una voz falsamente estrangulada. Era el profesor de latín. El auténtico.

Llegada la noche, aparqué el coche en el Square Pétrarque y, una vez más, todo se desarrolló sin imprevistos. Parece como si me protegiera Hermes, dios de los ladrones y guía de los muertos. Me inspira mil subterfugios y sin trabas conduce a mi lecho los objetos de mi pasión.

Jérôme. Es tan alto como yo, pero tan delgado que con las dos manos casi alcanzo a abrazar sus caderas. No sabe qué hacer con sus largos brazos, ni cómo colocar sus largas piernas, más desmadejado que un potrillo. Su pecho, sus cabellos, su cara afilada saben a sal, como si hubieran sido bañados en lágrimas, pero, hasta que no lo he purificado con mi saliva y secado con mis caricias, su sexo tenía un espantoso sabor a lavanda.

Me imagino a Jérôme. Lo saco por un instante del Imperio infernal. Su cuarto de baño privado da a los árboles de la avenida. Está decorado «pop», ya que él lo ha querido así y Zouzou hace todo

lo que él quiere, siempre desordenado, con los frascos que olvida tapar y grandes jabones ingleses en todos los rincones. Hay incluso una máquina de afeitar eléctrica, oculta en el fondo de un cajón, mejor que Zouzou no la vea, se reiría. Ella entra desenfadadamente, sin llamar. Mientras él se cepilla los dientes, ve en el espejo del lavabo sus grandes ojos azules sonrientes. Ella le pellizca las nalgas, le despeina, besa su nuca entre los hombros, allí donde sobresalen las vértebras, y después escapa corriendo. Él la persigue, con la boca llena de pasta de dientes, le arroja una toalla que golpea con un ruido suave la puerta que ella acaba de cerrar.

Espatarrado encima de su bidet, Jérôme se enjabona con lavanda, mucho rato, muchísimo rato. Cuando cierra los ojos, ve una mujer cuyos largos cabellos castaños enmarcan un espacio vacío en el que no consigue situar un rostro. Fuerza su imaginación, busca ese rostro con una obstinación de insecto, cree de repente que lo alcanza pero no es así, no es así.

15 de enero de 19..

Aquella noche, empujé el sillón de mi dormitorio hasta enfrentarlo al gran espejo veneciano que tanto me gusta. Senté a Jérôme en mis rodillas, mordisqueé su nuca con un reflejo plateado, justo entre los hombros, allí donde seguramente Zouzou le besaba jugueteando. En los helechos grises del espejo, entre la escarcha de sus follajes, veía bailar a Jérôme como una gran marioneta bajo los impulsos de mi deseo.

16 de enero de 19..

Jérôme. Hieronimus. En su Jardín de las delicias, Hieronimus Bosch ha pintado dos jóvenes que juegan con unas flores. Uno de ellos ha metido unas ingenuas corolas en el ano de su compañero.

Esta noche he ido a buscar unas flores a la floristería y he adornado con ellas a mi amigo Jérôme, cuyas carnes ya conceden sus matices al azufre verde, pardo y violáceo de las orquídeas. Unas y otras tienen el mismo resplandor carnoso, como pegajoso; unas y otras han alcanzado esa fase triunfante de la materia que en su apogeo, en la extrema realización de sí misma, precede a la

efervescencia de la putrefacción. Recostado de lado, Jérôme parece dormir, su sexo metido en el cáliz de una flor cuyo licor le inunda, mientras que una cascada de floraciones lívidas escapa de las magulladuras ahumadas que jaspean su rosa secreta.

Yo había supuesto que Jérôme tendría los ojos de su madre, pero, una vez levantado, su párpado blanco ha descubierto un iris de un verde profundo, de un pardo violáceo: el tono que se encuentra en las viscosas paredes de algunos crustáceos.

20 de enero de 19..

Jérôme devuelto a la noche, Jérôme devuelto a los abismos, ¿qué corrientes descendes, barco ebrio?

Y yo no tardaré en caer en la muerte como Narciso en su imagen.

15 de abril de 19..

Esta mañana he encontrado el apartamento lleno de grandes moscas azules. ¿De dónde salían? La asistenta, que estaba presente en ese momento, ha ido a la droguería a buscar un insecticida. Un horror. Los insectos zumbantes cubrían las alfombras, los pisabas por doquier, mientras que un olor químico invadía el apartamento y se negaba a escapar por las ventanas.

La asistenta murmuraba sin cesar oscuras imprecaciones que contenían todas ellas como una alusión amenazadora: «No es normal... Tenía que ocurrir... Pero esto es ya el colmo... Eso es lo que pasa... A mí no me gustan nada esas historias...», etc. Otra que me abandonará.

23 de abril de 19..

He descubierto en Tristan Corbière una expresión estupenda: «Disfrutar como un ahorcado».

2 de mayo de 19..

Hace ya casi cuatro días que me he despedido de Geneviève y de su pequeño. Si realmente me hubieran visto y localizado, como llegué a temer, ya me habrían inquietado. Eso no quita que las últimas horas hayan sido muy agotadoras.

Había ido a buscar a la joven al cementerio de Pantin, un lugar desolador. No sabía de qué había muerto, por lo que mi sorpresa fue enorme al encontrarla con un bebé en los brazos. No aprecié demasiado este apéndice familiar.

Geneviève era una mujer francamente bonita. Seguro que sufrió mucho, no sólo en su pobre cuerpo desgarrado sino sobre todo en su alma, ya que su rostro tenía impresa aquella tristeza típica de los que se van sin haberlo querido. Me gustaba su tez transparente, sus grandes senos pálidos. Su sexo era impracticable, una cosa horrible que procuré no mirar. Di la vuelta suavemente a su cuerpo y, deslizándome a la sombra de su soberbio trasero, disfruté «como un ahorcado» en aquel laberinto ajeno a las trampas y a las desdichas de la procreación.

Jugué un rato acariciando al bebé, una criaturita que, sin embargo, era más bien fea, con su cara arrugada, sus miembros canijos y su enorme cabeza. La suavidad glacial de su carne y el fortísimo olor a bóbice que desprendía no tardaron en inspirarme unos gestos más precisos. Coloqué al bebé sin nombre encima de mis muslos, con la cabeza descansando sobre mis rodillas y las piernas subidas en ángulo recto, de modo que sus pies casi tocaban mi pecho. Me limité a introducirme entre sus muslos pero para descubrir inmediatamente que eso no me procuraría ningún placer. Su carne me parecía tan sosa como una sopa de leche. Sin embargo, mi estupidez me llevó a obstinarme y precipitar mis movimientos hasta una conclusión que no me aportó éxtasis alguno. Alguien todavía más estúpido que yo habría evocado tal vez el nombre de Gilíes de Rais, no tanto por el niño como por la posición elegida, favorable al desventramiento de alguien que, por otra parte, no era mi víctima. No me gusta Gilíes de Rais, un hombre de una sexualidad deficiente, eterno chiquillo que no cesaba de suicidarse en los demás. Gilíes de Rais me repugna. Sólo hay una cosa asquerosa: ocasionar dolor. No conservé mucho tiempo a Geneviève y a su bebé, pero la historia tuvo consecuencias o, por lo menos, habría podido tenerlas fácilmente con un poco de mala suerte.

Solté la bolsa en la que había depositado a ambos, abrazados entre sí, para que nada los separara antes de que sus huesos escaparan en las corrientes, se volvieran porosos y ligeros como la piedra pómez, se deshicieran y desaparecieran para renacer en la cal de las estrellas de mar. En el instante en que el agua se cerraba sobre ellos, resonaron unas puertas en el silencio de la noche y se oyeron unas voces. Unos hombres corrían por la orilla y se dirigían hacia mí. «¡En, allí! ¡Eh! ¡Por allí! ¡Por allí!». Me habían descubierto los obreros de la fábrica de gas. Me perseguían como una jauría a la liebre e igual que ella yo corría en zigzag, por las calles nocturnas de Levallois. A veces sus gritos se acercaban peligrosamente y después, de repente, parecían perder mi pista. Les oía hablar entre ellos, insultarse, aconsejarse. Las paredes con los carteles desgarrados, las fachadas ciegas de los almacenes ruinosos, las fábricas abandonadas pasaban a mi lado a un ritmo de pesadilla. Ignorando dónde me encontraba, corriendo como un loco por el dédalo de calles hostiles, me angustiaba sobre todo la idea de meterme en un callejón sin salida. Y, de repente, ocurrió el milagro que ya no esperaba: mi buen Chevrolet, carroza de todas mis bodas, sensatamente aparcado junto a la acera. Mientras arrancaba, todavía tuve tiempo de descubrir a unos hombres que aparecieron de repente en la esquina de un muro, gesticulando agitadamente bajo la luz de una farola. *Once more saved!*

15 de junio de 19..

Hace ya más de un mes que estoy en Nápoles, contentísimo de haberme alejado de París por un tiempo. Confié mi negocio a un gerente que ya lo había administrado muy bien, hace cuatro años, cuando pasé una temporada en Niza. A decir verdad, la persecución nocturna de Levallois me había afectado mucho. Olisqueaba el peligro. Sin contar con que también tenía muchas ganas de volver a Nápoles, la más macabra de las ciudades, Nápoles, la boca del Hades. Allí se juega con los muertos como si fueran muñecas grandes. Los embalsaman, los entierran, los desentierran, los lavan, los adornan, los peinan, les meten bombillas verdes o rojas en las órbitas, los colocan en nichos murales, los ponen de pie en ataúdes de cristal. Los visten, los desnudan; nada tan extraño como esas

momias tiasas en sus ropas ceñidas, tocadas con pelucas de estopa, con un ramillete de cera polvorienta en los dedos. En San Domenico Maggiore, pueden verse las reinas de Aragón, unos adefesios de cuero marrón, acurrucadas en sus féretros. El sacristán levanta la tapa con una mano y tiende la otra para la propina: Mercurio también es Hermes. Pero todas esas momias están demasiado secas para poder gustar e inflamar los sentidos. Les falta el movimiento interno de las verdes metamorfosis. Nápoles... Hace menos de cien años aquí todavía paseaban los cadáveres por las calles, como en la Roma antigua. Hoy sólo se encuentran las formidables carrozas de la Muerte, rodeadas de lámparas gigantescas, engalanadas con avestruces negros.

2 de julio de 19..

Intermezzo all'improvviso... Volvía de visitar el claustro de Santa Chiara y, queriendo bajar al Corso Umberto, atajé por esa fantástica escalera descrita por Malaparte^[3], el Pendino Santa Barbara, donde sólo viven enanas. Horribles, deformes, casi siempre calvas, en ocasiones llevando en sus brazos a unos niños que parecen hechos de trapos grisáceos, las enanas viven allí en medio del griterío y de la agitación. Grandes insectos cavernícolas ocupan los bassi, esas habitaciones sin ventanas que abren sus puertas a la calle, todas idénticas con su gran cama cubierta de nailon rosa, su aparato de televisión y sus imágenes piadosas.

Delante de uno de los bassi, un grupo de enanas obstruía la acera cotorreando en un tono lastimero, mientras las que parecían más dolidas ocupaban el antro oscuro donde las bombillas ardían como en plena noche. La muerte acababa de pasar por allí y mi corazón dio su tradicional y familiar brinco. Las enanas se apresuraron, además, a contarme que una de ellas, su buena amiga Teresa, acababa de pasar a mejor vida. Les pedí que me permitieran unirme a ellas para rendir a Teresa los honores fúnebres del velatorio. Aceptaron con una excitación indescriptible, incluso teniendo en cuenta que nos hallábamos en Nápoles.

El rostro ceniciento y arrugado de Teresa podía tener tanto treinta como setenta y cinco años, y sus cabellos parecían un matorral inefablemente enmarañado. Le habían puesto una especie

de traje de primera comunión que le llegaba hasta las orejas, porque era jorobada. Varias de sus compañeras, encaramadas en la cama, no paraban de sobarla, de toquetearla, de besarla, levantaban un mechón de la indescrptible cabellera, acariciaban su mejilla, alisaban un pliegue de su traje, en un monstruoso cacareo de gallinero. Supe que Teresa había sido atropellada por un coche cuando cruzaba la Via Sedile di Porto y, con las dos piernas seccionadas, se había desangrado antes de poder ser socorrida como es debido. Es cierto que una enana debe de tener muy poca sangre. Habían gesticulado mucho, lanzado muchos gritos y dado muchos consejos, pero Teresa ya estaba exangüe cuando llegó la ambulancia. La trasladaron a su casa, sus amigas la lavaron, peinaron y arreglaron. También la vistieron de blanco, señal, decían, de que Teresa había muerto en estado de virginidad. Virgen o no, confieso que despertaba mi deseo con una intensidad directamente proporcional al mucho tiempo que yo no había...

Menos mal que, como el tiempo amenazaba tormenta, me había provisto de un impermeable que llevaba bajo el brazo y gracias al cual me era posible disimular mi estado. No hacía más que preguntarme cómo raptar a Teresa en un barrio tan populoso y sin la ayuda de un coche. Forjaba mil planes a cuál más absurdo, mientras escuchaba la cháchara de las enanas. El calor era sofocante. Faltaba poco para mediodía. Las voces se volvían más cansinas y más espesas en el aire vidrioso. Unos olores de fritura llegaban hasta el lecho fúnebre y las enanas no se mostraban indiferentes. Hubo como una vacilación, como una tregua en sus lamentaciones. Una de ellas habló de hacer café. Intervine entonces, proponiéndoles un almuerzo fúnebre en un restaurante cercano, con la condición de que se avinieran a disculpar a su anfitrión de no participar en él en persona: se quedaría en el velatorio para que todas ellas pudieran festejarlo juntas. Encantadas, aceptaron la invitación y, cuando un cuarto de hora más tarde regresé del restaurante donde había ido a encargar sus ágapes, las encontré ataviadas con chales de satén negro y tocadas con singulares y antiguos sombreros floreados de lirios de crespón. Me acogieron con gritos de alegría y después se dispersaron a lo largo del Pendino, como una bandada de cornejas.

Estaba a solas con Teresa. Cerré la puerta y, lentamente,

tranquilamente, me desanudé la corbata.

16 de julio de 19..

Acabo de visitar Capodimonte, el parque de los tritones cubiertos de musgo, el extenso castillo amarillo que, detrás de los bosquecillos de palmeras, abriga una maravillosa colección de pinturas. *La muerte de Nerón*, de Pacheco de Rosa... Una composición agitada pero que transpira indiferencia; unos hermosos y lípidos colores pero ninguna intuición del tema. Por lo menos no la mía.

También aquí, en Nápoles, en la paz de su villa, Tito Petronio *Arbiter*, un gran señor, un gran poeta, un hombre comprometido, se hizo abrir las venas por su médico. Rodeado de sus concubinas y de sus esclavos griegos, que le metían la lengua por la boca y acariciaban sus cabellos desrizados por el vapor del baño, vio borrarse su mirada detrás de un velo y apagarse como una lámpara. Oyó cómo sus tiernas palabras retrocedían hacia otro planeta porque él se disponía a abandonar la Tierra. Apoyado en sus brazos, tuvo sin duda el tiempo de medir su soledad. Descompuesto bajo la dulzura de sus sonrisas, sintió cómo las manos de los que le rodeaban abrazaban su miembro ya inerte, y aferrando su puño a la bañera de plata, concentraba la única fuerza que seguía manando de él en aquel tallo de coral bermejo, arco perfecto. Notó cómo la nada invadía la red de sus venas, la noche penetraba en su carne, desde los lóbulos perforados de sus orejas hasta sus largas falanges, que se doblaban bajo el peso de los anillos, mientras las bailarinas pegaban sus vulvas a su cuerpo como conchas a una nave y los dedos de sus efebos exploraban sus rincones secretos. Flotando en su baño como en el líquido materno, Tito Petronio *Arbiter* sintió cómo la vida se escapaba de él con la misma dulzura con que antes había llegado.

Así es como me gustaría morir.

5 de agosto de 19..

Catacumbas de San Gaudisio. Comparadas con ellas, las de París no son nada, hay que ir a Nápoles para ver algo semejante.

Barrocas, fantásticas, las catacumbas de San Gaudisio se extienden sobre un inmenso recorrido y se dice incluso que algunas galerías olvidadas las unen a las de San Gennaro. Las mujeres las frecuentan para implorar las gracias de las «ánimas del purgatorio», como denominan ingenuamente a las fuerzas infernales, y practicar el culto de los huesos. Los cráneos, muchas veces encerados, tocados con pelucas, colocados en unos altarcitos privados por fieles que, por otra parte, no tienen ningún parentesco con ellos, son objeto de un activísimo negocio por parte de los guardas. La atmósfera de esas catacumbas paganas —pues de eso exactamente se trata— es del todo irreal. Las oraciones musitadas, las sombras de las mujeres que la luz de los cirios proyecta sobre las paredes de macabra rocalla, los esqueletos y las momias vestidos en sus nichos, el olor de las osamentas y de las ofrendas forman un entorno indescriptible. Desde el primer momento, me sentí entusiasmado.

Cuando me metía en una galería menos frecuentada, mi atención se vio repentinamente atraída por el comportamiento de una de las fieles. Era una mujercita gorda, como lo son todas allí, pero que todavía parecía bastante joven. Con una rodilla sobre el reclinatorio desde el que se asomaba, el trasero saliente, el cuello tenso, acercaba su cara hasta besar una calavera puesta sobre un cimacio. El perfil de la mujer y el de la calavera se destacaban claramente sobre la luz rojiza de una lámpara, la boca pegada como una ventosa sobre la sonrisa de la calavera. La mujer había conseguido introducir su lengua en la mandíbula y a contraluz yo la veía lamer y agitarse entre los dientes del muerto, curvada y afilada como aquel cuerno de coral, el viejo símbolo fálico que los napolitanos llevan contra el mal de ojo.

A veces la mujer llevaba esta lengua, que yo adivinaba asombrosamente dura y carnosa, hasta los incisivos del muerto, paseándola por la dentadura exterior igual que una mano que acariciara un teclado, y otras la hundía lo más lejos que podía para lamer el interior de los molares y la bóveda del paladar.

Concentrada en su placer, no se dio cuenta de que me acercaba. La observé durante un rato hasta que notó de repente mi presencia y se incorporó sofocando un grito.

—No tema nada de mí —le dije—, pero ¿le importaría repetir lo que estaba haciendo?

La mujer me miraba con una expresión desconfiada. Debía de tener unos treinta años y pertenecía visiblemente a la clase media, podía ser la esposa de un pequeño comerciante o de un funcionario subalterno. Repetí mi petición y el reflejo de una idea que sin duda le pareció brillante iluminó su cara.

—Si nos ven, diré que usted me ha obligado a hacerlo.

Confieso que me confundió la artimaña grosera con la que supo dar la vuelta a la situación. Pero, sin añadir nada, volvió a su cráneo, con los ojos entornados y la lengua tensa.

Lo que el espectáculo y el lugar tenían de insólito, unido a la euforia percibida desde mi entrada en las catacumbas, me provocaron el efecto que cualquier necrófilo puede prever. Deseaba a esa mujer, aunque estuviera viva. Le subí la falda negra y, apartando unas bragas de algodón, descubrí un amplio trasero limpio y diáfano como la cera de los cirios que nos rodeaban. Al tacto todavía era más liso que a la vista. Después de meterle la mano en la raja, saqué los dedos mojados por un licor opalino que me desconcertó —las muertas no segregan nada semejante— y que tal vez me habría repugnado si su olor no me hubiera recordado el del mar, imagen y hermano de la muerte. Así pues, la idea de que toda carne lleva en sí el fermento de su destrucción avivó el deseo que sentía por esa mujer, pero este me abandonó en el mismo instante en que intenté un contacto más profundo, igual que un castillo de naipes que se hunde no bien lo tocan. La mujer se volvió hacia mí, con la cara alterada por la cólera.

—Contaré que ha intentado violarme.

Ignoro por qué el despecho la llevaba a amenazarme de esa manera. En cualquier caso, me alejé lo más aprisa que pude.

En mi apartamento de Pausilipo, me sentí repentinamente invadido por la amargura y la tristeza. Me gustaría vivir y me gustaría morir, pero no puedo vivir ni morir. ¿Será esto mi Huerto de los Olivos?

12 de septiembre de 19..

No sé por qué, pero esta mañana, al anudarme la corbata, he recordado brevemente la antiquísima imagen de mi vecina de adolescencia, de aquella Gabrielle a la que tanto me gustaba

imaginar ahorcada, con los ojos en blanco en un último éxtasis.

16 de octubre de 19..

Siento la tentación de creer que Hécate ha arrojado sobre mí una benévola mirada. La muerte me colma, incansable proveedora de mis placeres, y si muchas veces son incompletos se debe únicamente a mi propia debilidad.

Es posible que mucho tiempo atrás hubiera pensado en la dicha que me aportaría la presencia simultánea de dos cuerpos y vislumbrara en la mente algunos *tableaux vivants*, algunas *natures mortes*. Algo, en cualquier caso, con lo que ya no contaba realmente, un sueño olvidado, relegado a la noche en la que se disuelven los sueños.

Era tan estúpido como para no creer en el milagro.

Esta noche quiero anotar con precisión todas las peripecias de la aventura, a fin de recordarlas con mayor facilidad, ya que todo se ha desarrollado tan rápidamente y de modo tan inesperado que presiento amenazada mi memoria. Es cierto que siempre, y de una manera difusa, percibo una parte de mí mismo, cuando no mi persona entera, bajo el dominio de una oscura amenaza. O como bajo la amenaza de una amenaza.

Había ido a Sorrento y, en el camino de vuelta, me detuve a tomar una copa de vino en Vico Equense, en un hotel en el que me conocen. La casa, construida al borde del acantilado, domina una pequeña cala cerrada por las rocas, a la que se accede por un ascensor con las paredes eternamente rezumantes. A mediados de la semana, con la temporada ya terminada, aunque el mar siguiera estando bastante cálido, el hotel y la playa se habían vaciado. Algo desértico había caído sobre las terrazas, el bar y el comedor. Se notaba especialmente como un velo, una contención, una tensión. En el vestíbulo, entreví al dueño y me pareció que tenía una expresión extraña. Los camareros murmuraban entre sí. Cuando Giovanni, el que me atiende con mayor frecuencia, me sirvió el vino, le pregunté los motivos del malestar que creía percibir. Miró rápidamente a derecha y a izquierda, antes de confiarme a media voz:

—Es por culpa de los dos hermanos suecos, él y ella, dos jóvenes

clientes cuyos cadáveres ha habido que rescatar esta mañana. Es una historia increíble y ni nosotros acabamos de creérmola. ¡Nadaban como peces! Uno de ellos ha debido de sentirse mal y el otro habrá querido ayudarle. Ah, sí... los ahogados te arrastran... como si lo hicieran adrede para no morir solos... ¡Pero menudo problema para el hotel!

Me contó también que los dos nadadores habían sido rescatados inmediatamente después del accidente sin que resultara posible reanimarles, que ya se habían hecho gestiones en Nápoles para que el consulado de Suecia avisara a los padres —seguramente llegarían en avión, conjeturó Giovanni—, que los dos ahogados serían tal vez trasladados a su país para ser enterrados y que, hasta entonces, los habían depositado en la pequeña gruta de la playa, ya que nadie acudía allí fuera de temporada y las casetas de baño ya estaban desmontadas.

Me pareció que toda la sangre se me subía al corazón. Cubrí mi rostro con una máscara de indiferencia aburrida y fingí que me interesaba por otra cosa. ¿Es posible?, me repetía, ¿es posible? Y si es posible, ¿cómo? Se trataba de establecer un plan sin fallos. Lo elaboré en menos de una hora. Abandoné el hotel y tomé el camino transitable que lleva a la cima del Paito, para esperar allí la noche. No podía ocultarme que, a decir verdad, la empresa estaba llena de peligros. Los ladridos repentinos de un perro, el encuentro con los pescadores de pulpos que casi todas las noches buscan su botín con enormes linternas, una irrupción inesperada podían convertir mi proyecto en una horrible catástrofe. Pero mi decisión era firme. Bastaría con actuar con rapidez y sangre fría. Nervioso, lábil, extremadamente emotivo en la vida corriente, dispongo de una formidable reserva de calma y de inventiva en cuanto se trata de apoderarme de un muerto. Me convierto en otro, en un extraño a mí mismo, siendo más que nunca yo mismo. Dejo de ser vulnerable, dejo de ser desdichado, alcanzo la quintaesencia de mi ser, cumplo la tarea que la suerte me ha destinado.

A eso de las diez, comenzó a caer la lluvia con suficiente fuerza como para alejar la amenaza de los pescadores que van a *lampare*. Lo entendí como un buen presagio. Dos horas después, tomé la carretera de Seiano, cuyo embarcadero es más cómodo que el de Vico. Dejé el automóvil en las cocheras de los autobuses, un

almacén sucio y herrumbroso, con el suelo manchado de aceite y cuya puerta no se cierra jamás por vieja.

Hoy sólo quedan unas cuantas casas ruinosas, con no más de dos o tres siglos de antigüedad, allí donde antes se alzaba la villa de Sejanus. Todas las luces estaban apagadas, a excepción del faro que en la punta del malecón parpadea cada noche con una luz intermitente. Sólo se oía la crepitación de la lluvia y la resaca del mar entre las rocas. Me dirigí a una barca que había descubierto por la tarde, un mal cascarón de tablas que desamarré sin hacer ruido. Remé hasta la playa del hotel. También allí estaban apagadas las luces. Como no podía atracar en la playa pedregosa, me quité los pantalones, até la barca a la punta de una roca y, metiéndome en el agua hasta los muslos, alcancé la gruta. La noche, el murmullo de la lluvia, el ruido del mar y sobre todo la idea de lo que iba a descubrir me embriagaban como si hubiera bebido. Levanté la lona que cubría los dos cuerpos y los trasladé, uno tras otro, a la barca. Después volví a Seiano, a fuerza de remos, lo más aprisa que pude. Todavía no había tenido tiempo de examinar el aspecto que tenían mis muertos, pero me parecieron livianos como niños. Una vez más, todo se desarrolló sin ningún tropiezo, aunque tuviera que hacer dos veces cada una de las operaciones, y transporté los suecos al coche, donde me costó cierto trabajo introducirlos. Ya estaban rígidos pero conseguí colocarlos diagonalmente en el asiento trasero, enfrentados entre sí y disimulados bajo una manta.

No negaré que la subida en ascensor hasta mi apartamento resultó uno de los momentos más críticos de la empresa. El mismo problema suele plantearseme, por otra parte, en París, y más de una vez he pensado en alquilar o comprar una planta baja, más favorable a mis amores.

Cuando hube tendido a los adolescentes suecos en mi cama, no lamenté mi esfuerzo. Debían de tener dieciséis o diecisiete años y jamás había visto dos seres tan hermosos. Los dos se parecían de un modo increíble y sin duda eran gemelos. La muerte había convertido su bronceado levemente escarchado por la sal en un oro de una extraña palidez, en un matiz comparable al que despiden la llama de un cirio. Los dos tenían unos largos cuerpos asexuados — la virilidad del muchacho apenas perfilada, los senos de la chica totalmente inexistentes—, pero infinitamente deseables y que me

sugerían no sé qué angelical naturaleza. La languidez de sus cabelleras, de un rubio plateado, la ausencia de cejas sobre unos párpados fuertemente bombeados, sus pómulos salientes —como los de los cráneos descarnados— y el color evanescente de sus finos labios malvas, todo en ellos expresaba la más mortal de las predestinaciones. Extraños al mundo de los vivos, habían sido creados para morir y la Muerte les había señalado apasionadamente desde el principio.

Ahora que los tengo delante, apenas me atrevo a acercarme a su belleza.

Fuera se ha levantado la tormenta y agita los árboles del Pausilipo. Unas nubes enormes recorren el cielo. La jauría de Hécate pasa aullando.

17 de octubre de 19..

He hecho lo mismo que había hecho en el caso de Suzanne, despedir al servicio, prohibir cualquier interrupción, cerrar la calefacción y establecer corrientes de aire frío. Es cierto que estoy lejos de sentir por mis hermosos ángeles la tierna fraternidad y el amor que me unían a Suzanne, pero su esplendor me conmueve y quiero conservarlos largo tiempo.

18 de octubre de 19..

Los he acostado abrazados, uniéndolos tiernamente, posando los labios del hermano sobre los de la hermana, introduciendo el sexo dormido de él en las ninfas delicadas de ella, en el umbral de aquella hendidura cuya palidez e insignificancia me han recordado la de la pequeña muchacha-pulpo, de la vomitadora de jugo negro. He querido que sus cuerpos, que en vida habían debido de reclamarse tantas veces en secreto, se unieran finalmente en la muerte. Pues yo sabía que los dos se habían amado como el cielo ama a la tierra. Y uno de ellos había querido salvar al otro y el otro había arrastrado al primero. Lo había arrastrado por amor, a las profundidades, entre la sal y las algas, en la espuma y las arenas, en las escarchas marinas que se mueven bajo la mirada de la luna y se agitan igual que el semen. No era en mi casa donde habían

celebrado sus sublimes nupcias, sino en el instante preciso en que, agarrados el uno al otro, los dos habían exhalado a un tiempo su último suspiro en un éxtasis común, unidos en el agua como antes en el líquido materno, en el mar como en la madre, reencontrados en su final de la misma manera que habían sido confundidos en su origen. Habían alcanzado, por tanto, su verdad cósmica, extraña al mundo falaz de los vivos. Los contemplé largo rato, agradeciendo el espectáculo como un don. Ni por un instante pensé en mezclarme con ellos, en estorbar su unión con el contacto impuro de mi carne viva.

20 de octubre de 19..

Confieso que mis castas resoluciones me abandonaron anoche por un instante. Estaba sentado a su lado en la cama y, como en juegos, mordisqueé la nuca del chico —¿o era la de la chica?— en el preciso lugar en que arranca de la base del cráneo, cuya caja redonda percibí debajo de mi labio superior. Mi boca comenzó por sí sola un viaje delicioso, subiendo y bajando ligeramente a lo largo de las vértebras, de igual manera como se recorre un paisaje accidentado cuyas débiles cuestas se integran por sí mismas en los más vastos movimientos de llanuras y de montañas. Pasé así del desierto dorsal al valle lumbar, lleno de nervio y de ternura —un lugar que siempre me conmueve infinitamente— antes de avanzar hacia la pequeña meseta árida que precede a la hondonada de las delicias. Mis manos acompañaban también el viaje de mi lengua y formaban una despreocupada retaguardia. Durante todo este periplo, mi sexo seguía inerte; para mí sólo se trataba de una casta caricia. Pero, cuando mis dedos alcanzaron aquel valle que se abre después de la cintura y mis uñas rozaron aquella vértebra precisa, secretamente robusta por haber absorbido por ósmosis la agresividad de los cinturones, el deseo se apoderó de mí con una brusca violencia que hacía tiempo que no recordaba. Fuera de mí, metí rápidamente mi cabeza por debajo de un muslo —¿era el de la chica o el del chico?— y pegué mi boca al punto angélico donde se tocaban sus sexos. Sus sexos: dos moluscos infantiles, muy suaves, flojos y cubiertos de aquel rocío que aparece en la piel de los muertos cuando la carne se dispone a alterarse. La excitación me

había llevado a una especie de delirio y, tan pronto como comencé a lamer apasionadamente el punto de encuentro en que aquellos hermosos cuerpos difuntos atrapaban mi deseo, creí morir yo mismo y me inundé entre gemidos. De manera muy inopinada, por otra parte, pues desde hacía meses no alcanzaba en absoluto el éxtasis.

22 de octubre de 19..

Mis ángeles irradian un arco iris. Qué hermosos son. Su unión:
Trionfo de Ila Morte...

28 de octubre de 19..

De vez en cuando, rectifico su postura, ya que mis hermosos muertos con uñas blancas se deterioran. Ya han abierto unas tristes bocas de sombra, sus cuellos se pliegan como tallos heridos por el hielo, su piel violácea se tiñe de verde, sus miembros se alabean.

Ya hace mucho que he olvidado el olor seco del bómbice y ahora es el de la carroña el que invade la atmósfera. Una mancha de aquel jugo negro que vomitaba la niña-pulpo se ha esparcido debajo del vientre de los ángeles, una tinta pútrida que atraviesa el colchón, gotea en el suelo, un jugo pestilente que me embriaga como el de la mandrágora. Este licor sale de ellos lentamente, como el agua de un manantial antiquísimo, gorgotea con una voz confusa en la orilla de sus entrañas, rebosa y se derrama. Sus ojos caen al interior de su cráneo, como antes los de la deliciosa anciana Marie-Jeanne. En ellos, creo reencontrar a todos mis muertos, aunque ninguno de los que he amado haya alcanzado jamás tal estado de putrefacción. Ni siquiera el pequeño Henri.

30 de octubre de 19..

Ya es la tercera vez que llaman y golpean furiosamente en mi puerta. Mala señal. La portera me llama: «¡Don Luciano! ¡Don Luciano!». Oigo murmullos, palabras, exclamaciones sofocadas, rumor de pasos.

No quiero salir. Llevo dos días sin comer, pero carece de importancia: me queda todavía un poco de whisky y el agua del grifo, si bien es cierto que con un espantoso sabor a cloro. A veces tengo la impresión de que mis ángeles se levantan y caminan por el apartamento, procurando que yo no los vea.

31 de octubre de 19..

Acaban de deslizar algo por debajo de la puerta, he percibido claramente el minúsculo roce. Desde el dormitorio, descubro sobre la alfombra oscura del vestíbulo una punta pálida y plana que me amenaza, todavía medio estirada sobre el umbral, una flecha que une mi universo al de los vivos.

Avanzo lentamente, me agacho y la cojo, confiando en verla disolverse en vapor, como una mala fantasía. No. Un mensaje. No lo leeré en el dormitorio, templo de la Muerte, ni en el salón, sino en un lugar trivial, el cuarto de baño o la cocina. Digamos la cocina. Al abrir la carta, ya sé lo que contiene. Citación de la Questura —así llaman aquí a la policía judicial— «por un asunto que le concierne»... Algo que puede calificarse de jerga internacional, de esperanto de la chusma... «Por un asunto que le concierne».

Dejo el papel en la mesa de la cocina, lenta, muy lentamente, y, en el mismo instante en que el formulario amarillento, manchado por sellos oficiales y huellas de dedos, toca la superficie plastificada, sé que, a decir verdad, sólo hay un asunto que me siga concerniendo.

Un asunto que me concierne...

Miro mi reloj. Dentro de unas horas será noviembre.

Noviembre, que siempre me aporta algo inesperado aunque esté preparado desde siempre...

Notas

[1] «¿Diré entonces que anhelé, con fervoroso y abrasador deseo, que llegara el momento en que Morella muriese? Sí, lo diré». (N. del T.). < <

[2] «... y entonces, me enamoro apasionadamente...» (...) «Yo también, querida, yo también». (N. del T.). < <

[3] Malaparte, Curzio, *La pelle*. Mondadori. Milano, 1991. (JB). < <